

SERGIO INFANTE

LA PEÑA DE HOREB

Y otros poemas apocalípticos amparados en los mitos



COLECCIÓN INSOSPECHADA

Sergio Infante

La peña de Horeb y otros poemas apocalípticos amparados en los mitos

Poesía

Colección Insospechada

Santiago de Chile, agosto de 2023

© Sergio Infante Reñasco, 2023

ÍNDICE

ADVERTENCIA AL LECTOR	4
LA PEÑA DE HOREB	5
LAS VUELTAS DE FAETÓN.....	10
TÁNTALO.....	20
EN UN MUSEO DE HISTORIA NATURAL	23
DESPUÉS DE LOS TÉMPANOS.....	28

ADVERTENCIA AL LECTOR

Estos poemas pertenecen a mi libro *Las aguas bisiestas* (2012), dedicado completamente al tema del calentamiento global, producto de la estulticia humana. Han transcurrido más de diez años de esa publicación y desgraciadamente los problemas que allí se advierten o pueden vislumbrarse a futuro se han ido agravando.

Actualmente, las temperaturas llegan a niveles que nadie había imaginado; por dar un ejemplo, 80 grados Celsius en el desierto de Altar, en Sonora, México. Y el 31 de julio recién pasado, un témpano del tamaño del territorio argentino se desprendió de la Antártica. Estas malas nuevas, que se vuelven rutinarias, me han motivado a republicar algunos textos de *Las aguas bisiestas* en este pequeño libro.

Aprovecho de recordar al lector que mis poemas no obedecen a virtudes proféticas sino, más bien, a dolorosas conjeturas.

Sergio Infante, 7 de agosto de 2023

LA PEÑA DE HOREB

y herirás la peña, Éxodo, 17, 6

Me dio por soñar que afluente,
estuario, delta, arroyo,
ensenada, riachuelo
eran palabras para nombrar
alivios de otro tiempo,
como azagaya fusiforme,
dolmen o zigurat.

Me dio por soñar que la gente
ignoraba lo que era beberse
el borde de un remanso,
la frescura sumergida que halló el paso,
la cantimplora subiendo ahíta
desde el fondo, chorreante al labio.

Me dio por desvelar el fluir
inmarcesible del agua,
y eché mano a un Garcilaso,
de corrientes puras, pero ninguna
cara confesaba la menor complicidad.
Ninguna se trasmutó en la sonrisa
capaz de acercarla a los ríos caudalosos.
Ninguna supo añadir el parpadeo inquieto
que, en cualquier superficie, la confundiría
con los retales del sol o del ramaje.

Me dio por soñar que se volvía
en mí contra
la sordera de la gente,
incapaz de percibir
Qué grande que viene el río
qué grande que va a la mar,
cuando sonaba y sonaba
desde un viejo vinilo.
Ninguno colegía el sentido

de aquella canción,
por mucho que, a varios,
sin querer,
se les hubiesen contagiado
los tres cuartos del compás
mientras me agredían
con sus cántaros vacíos.

Primaba la desesperación
en esos golpes como si yo
fuera la puerta del médico
en mitad de la noche.

Pero eran miles los que tatuaban
sus clamores en la piel de esa puerta.

Decían: En el arenal de la peregrinación,
nos hemos calcinado sin júbilo, las dunas
cambiantes se aficionaron a nuestras huellas
y a la plañidera letanía que sucede al espejismo,
y tú te empeñas en negarnos lo que, por costumbre,
ni siquiera ha de negarse al peor enemigo:

el elemento garante de toda vida,
el principio de toda regeneración.
Les recordé que me habían dado de baja,
por cierre del servicio, y que nunca
pasé de ser algo más que el último aguador
del Gran Chapucero, llamado también Rasca.
Arguyeron una falsa modestia; ay cómo exigían.

Me dio por soñar que contestaba los golpes
pedigüeños de la gente con proféticas visiones:
los oasis, los dátiles maduros junto a los pozos,
los rápidos que bajaban salpicando las selvas,
los recodos lacustres, las riadas, las vertientes,
los anillos de la lluvia sobre las charcas, el riesgo
dulzón de ser Narciso en la blandura cristalina.

Me llamaron truhan y mal cuentero, falso
zahorí amparado en la roña de unas leyendas.
¡Entréganos la ganzúa preciosa que guarda los bidones
y larga de una vez los cinco dígitos del código!,

reclamaban majándome el pecho y las costillas
con sus jarras rebosantes de sed y de fervor.
Cada uno era el Moisés del varapalo
mirífico redoblando en la dureza bíblica,
cada uno el gesto severo de Charlton Heston.
Así, mi boca escupiría esas cifras y esa llave.
Así, mejor que en el cine, brotaría el manantial.

LAS VUELTAS DE FAETÓN

1 El carro

Esta vez Faetón se robó el carro¹,

qué permiso ni qué permiso.

El papo no me lo va a querer prestar,

mejor lo saco y punto.

El abuso de confianza no me convierte en ladrón,

el carro es del papo.

¹ El poema al rescribir el mito pasa por alto algunos detalles; por ejemplo, omite que el padre de Faetón, el Sol, lo fulminó con un rayo para que no siguiera dejando la grande con el carro. Tampoco el poema se refiere a cuál fue la causa de que el inexperto joven perdiera el control de las riendas, se asegura que lo espantaron los signos del zodiaco en el cielo. Y es aquí donde yo me pregunto si, en ese horóscopo inconmensurable, no habrá leído Faetón lo mismo que se advierte en mis visiones: los actuales imitadores de Faetón que pasan y pasan en sus carros apestando el aire y despojando a la Tierra de todo verdor.

Este gallo se volvió a ir al chanco con el carro,
comentarán en Chile,
la música a todo chanco,
la chanchada de quemar medio mundo.
La pata a fondo, Faetón y su brillo.
Y nosotros, la comitiva,
el cabrilleo en la cola.

Rugen los motores. Braman. Remedan
las toses de advertencia
y apagan el agujero de los profetas:
Ojo con el espigar solapado de la chamusquina,
cunde como la cizaña en una página injuriosa.
Y después, ¿quién la quita del campo y de la calle?
La chamusquina
se mete hasta en el fondo marino,
les tengo bien dicho.
Nadie escucha,
nadie quiere oír sino el paso de Faetón.
Todos los carros, el carro,

se lee en los versos de un ciego.

2 El mito

La otra vez

—ya bisbiseos en el antes de Ovidio—

un padre aflojó las riendas,

buscaba espantar el moscardón de las súplicas:

Papo, en el colegio

me llaman el Farsantón

y no el Esplendoroso.

Ninguno me cree

cuando cuento que soy hijo del capísimo.

Si me vieran conducir el carro refulgente,

se quedarían boquiabiertos.

Te lo juro,

es la mejor manera de taparles la boca.

Bueno ya, anda a lucirte; date una vuelta,

escuchó Faetón,

entre el bostezo magnánimo del padre.

Pero en mitad de aquella vuelta,

se le anduvo exudando el brillo a Faetón.
Las patinadas, los trompos, los bandazos,
dejaron un reguero de calamidades.
Hasta el propio Faetón salió maltrecho,
y el padre se vio obligado a intervenir.

Al cabo de unos días, aparecieron
en *The Sciences Monthly Review*
los orígenes de la Vía Láctea,
del desierto africano,
de la piel de los etíopes;
quizá para tapar el pastel
que dejó el Farsantón con su paseo.

3 La historia

Por eso, en esta ocasión

—ah, dilatada ocasión de nuestro tiempo—

Faetón no suplica por el carro.

Sabe que en pedir no hay engaño,

¿pero cómo esquivar las alusiones al pasado

y no ahogarse en el cieno memorioso, insidioso,

de los esiodos remozados, de los ovidios perfidios

nariguetas, administradores del glamour,

siempre al acecho de las manchas en el sol,

los desvelos de un padre poderoso?

Más fácil que inclinarse

en el brocal del permiso

es hallar, en el papo,

las cataratas de la vista gorda.

Furtivo y cauteloso, el Farsantón

prescinde de la venia paterna.

Rutilante se apodera de las rutas:

el pedal, hundido en la premura,
acicatea con petróleo la falsa cuadriga
y las vueltas dibujan una elipse luminosa
cuyos estragos se anuncian y se propagan
más allá de las zonas cegadas por el centelleo.
No distingue esos espacios marchitos, Faetón,
los manchones mortuorios que deja el carburante.
No le interesan. Siempre en el brillo, Faetón.

4 La crónica y lo crónico

Y nosotros –los modernos, los posmodernos,
y los que ya no sabríamos cómo llamarnos,
más varios millones a quienes jamás
atinamos a nombrar ni a situar debidamente–
embolinados por el imán de un bólido
nos reconocemos en aquel brillo rijoso y rasante.
Somos Faetón, cómo nos gusta serlo, en Pekín,
en Nueva York, en Caracas, en Jeddá
en las calles de Sydney, en una encrucijada
en Singapur, en Ankara, en Lagos, en el Cairo
en Hamburgo, aunque, en todos esos lugares,
tarde, mal y nunca se haya oído hablar de Faetón.
Faetón, en cualquier autopista
del Peloponeso o de Catania,
aunque allí la mayoría haya olvidado a Faetón.
Somos el giro luminoso y la muerte paulatina.
Orondas, las vueltas muestran su hilacha,
fumarolas que empavonan de acritud los cielos.
Por el tubo de escape se evade la chamusquina

y enancha sin cesar el peladero de las vacas flacas
por llanuras, bosques y selvas,
por humedales y cortaderas
que pronto dejarán de serlo.

Y la rama dorada, bajo el dintel de un sueño
donde el carro arrolla los otros sueños,
caduca el prodigio en sus hojas rituales
y se transforma en un frágil carboncillo.

Busca escribir la ostensible tardanza:
nadie quiere ser el primero en frenar,
soltar el volante, decir yo me bajo.

Nadie consigue quitarse las prendas de Faetón
como si fueran una camisa de fuerza
con ribetes de lumínica placidez.

Por mucho horror al hallar la quemadura
—esa holladura indeleble de las vueltas y el visaje,
la fauna que se extingue, la flor que no regresa—,
nada se tarda en olvidarlo y en seguir y seguir
como el Farsantón en su carro calcinante.

Maravillados. Henchidos. Esplendentes.

TÁNTALO

Lo serán. Lo seremos, podría añadir
si hablo en especie y, por un rato,
omito mi cuerpo, tacho su ambición:
la dilación y el espacio de lo propio.
Soñaremos el lago, su cosquilleo
ilusorio en la barbilla, ese linde
inclemente que discrimina los labios
lacerados con el regusto del Siroco.
Soñaremos la rama burlona, la fuga
frutal siempre a un jeme de la frente,
a un tris que entristece el mordisco.
Quedaremos en la estacada de Tántalo:
padeciendo el suplicio del agua esquiva,
de las manzanas como carne escatimada
aunque nuestra única atadura sea errar
de saqueo en saqueo; ni tribu ni tregua.

Viviremos la misma condena de Tántalo,
pero muy distantes del lago, muy ajenos
del fruto que madura en la esperanza.
Porque el Tántalo, castigado por los dioses,
se engaña con la eventualidad de que el lago
baje más despacioso que el deseo
desmoronado en su garganta, se ilusiona
con un trozo de manzana entre sus dientes.
En cambio, al Tántalo que encarnaremos
si existe el precio de pertenecer a una especie,
lo apremiarán los huertos de los poderosos,
sus muros artillados, sus venenos y trampas,
el laboratorio en el centro como un surtidor
que anima el borbotón prohibido y su pureza.

Todo nuestro patrimonio ocupará el talego
de una conseja enconada hasta en los sueños,
cuando dormir equivalga a la extenuación
después de recorrer en grupos pequeños,
siempre más diezmados y dispersos, siempre

un andar neblinoso por la sed y el hambre,
o la traición que espiga al menor descuido.
Solo habrá paz, el escaso gustillo del botín,
en los momentos de contarnos y escucharnos
la historia de ese titán cuyo sentido se explica
con la perpetuidad burlona de un tormento.
Nos consolará la idea de que, desde tiempos
anteriores al Tiempo, un perdedor gigante
sufra, en carne propia, nuestra mayor desdicha²

² Dicen que Tántalo fue condenado, al suplicio que el poema describe, por robar el néctar y la ambrosía a los dioses. Los repartía entre sus amigos mientras les chismorreaba los secretos del Olimpo. No contento con los latrocinios y las infidencias, también habría negado, entre otras, la divinidad del Sol, y pretendido poner en duda la omnisciencia de los dioses sometiéndolos a una prueba macabra: un banquete donde los aderezos del plato de fondo disimulaban la carne de su propio hijo. Yo, conociéndole el paño a los poderosos, me atrevo a mantener la hipótesis de que aquella criminal ordalía jamás existió y que no fue más que un vulgar infundio. Un montaje para desprestigiarlo porque Tántalo habría sido el primer antisistema, una suerte de protoinconformista al que no bastaba con derrotar sino que además había que castigar y difamar.

EN UN MUSEO DE HISTORIA NATURAL

1

Mirar al menos una de las 275
versiones del vértigo estruendoso
en las cataratas del Iguazú
será mucho más ilusorio que oír
cómo pulsa la sangre en una momia.

El rigor chocolate de Ramsés IV
conoció los redobles de la existencia:
una voz con el eco en escritas obsecuentes,
el descontento de miles en las canteras,
el puño sobre el cayado, la soldadesca,
el clero de Amón (sombra y cerrojo),
la tumba abierta en el Valle de los Reyes.
Todo aquello se vincula a esa carne retenida
por el culto a los muertos y a la Historia.

En cambio, cuando se hayan callado
para siempre las cataratas del Iguazú
—y queden las rocas bajo la resolana
y en el lecho repose un légamo
semejante a los restos de un faraón
en el cauce de un sarcófago—
solo podrá exhibirse, en algún museo,
un Iguazú momificado por la realidad virtual,
un río en pena, una caída fantasmal, pasando
y repasando la hondonada de un holograma.
Nada que salpique como salpican al bajar
el caudal anhelante y la orla espumosa,
los destellos del hervor y la frescura,
la carne y la piel del Iguazú.
Menos vida, entonces, que en un cadáver
adobado con ardorosos afanes de eternidad.

2

Ustedes se echan al bolsillo mis augurios,
sospechan obsesiones estrambóticas,

se empeñan en calmarme:
¿Para qué hacerse tanto atado
por tan poco? Bastaría un juego
donde el agua circulara y bajara,
desde un murallón a una pileta,
y se tendría una idea, menos virtual
y mucho más aproximada
de la Garganta del Diablo,
la cascada mayor del Iguazú.

Se ve que no comprenden mis visiones:
la aridez que brota y se expande
como un rizoma de arena y ceniza:
la vieja peña de Horeb,
un nuevo el Dorado
al que todos corren,
por el que todos se desangran,
único albor en el tragaluz de la escasez,
único arcano en la baraja del mañana remoto
(ya han mordido los ratones del progreso esa baraja,

de rascas la han marcado a la mala).

Pero, ustedes ¿acaso perciben
siquiera una pizca del mañana remoto?
No le apuntan a una. De lo contrario
no me saldrían con esa garganta diabólica.
Les tengo dicho: Con el agua,
no es llegar y jugar. Menos lo será entonces
porque, aunque el agua de aquella réplica del Iguazú
no fuera potable y lo advirtieran avisos y alarmas,
el público del hipotético museo de Historia Natural
se abalanzaría dispuesto a beberse hasta la última gota.
Al grito de agua por mala que sea es agua,
se darían cuchilladas y tiros a mansalva
queriendo ser los primeros en entrar
a ese falso Iguazú y saciarse, temerosos
de quedar para siempre con los labios resecos.
Ningún purificador, ningún filtro, podría borrar
la huella de la sed que derrame esa sangre.
Y aquel juego no evocaría ya las cataratas del Iguazú;
al menos no como son ahora,

cuando contemplar su grandeza
es ver corrientes impetuosas,
a veces marrones, violadas por el diluvio;
atronadoras siempre.

La propuesta de ustedes, en el mejor de los casos,
representaría lo que, según vislumbro,
será la decadencia del Iguazú:

de las imponentes cascadas, apenas quedarán
unos hilillos turbios sobre las pozas,
escuálidas aguas teñidas por la guerra del agua.

Y cercanas a cuerpos orilleros
ya inertes y correosos de sol,
en el limo del escaso fondo,
podrán distinguirse las monedas
que los turistas arrojaban en otro tiempo.

DESPUÉS DE LOS TÉMPANOS

1

Se desgaja un gran trozo de la Antártica.
Enseguida lo trabajan manteos azulinos,
un subibaja de la constancia. Un temple
para un témpano todavía en agraz,
sin marca visible ni karma
que disponga una encarnación morosa
o revele,
con las mareas,
el relevo invisible de la marcha
como si ese gajo polar,
esa enorme tajada de escarcha infeliz,
solo se distanciara y gastara
desviviéndose en el papel del intruso
que los aguzados, los irritados
a porfía y profecía,

apresarán en las cribas de un paisaje.

Se sabe sin embargo que lo empuja un soplo.
En modo alguno el cliché de un soplo,
ni el soplo sobre Adán para reñir al mundo
ni la niñez de un soplo en el barco de papel.

Se trata, más bien, de la exhalación que escapa
al abrirse una trampilla condenada
a cobijar secretos de sótano,
acaso un crimen.

El calor de ese hálito trasmite
la pestilencia de un crimen,
agobia al tímpano,
le exprime sudores de exiliado,
le agusana el trayecto.

2

Semejante a la camisa que se raja
en los tiras y aflojas de una riña,
un jirón se desprendió de la Antártica,
en marzo de un lejano 2008.

Cuarenta kilómetros de témpano,
que en las fotos aéreas lucían
la pulcritud de una pista
a punto de ser inaugurada,
iniciaron el desgajamiento
de los grandes hielos.

No sostengo que entonces
nacieran los témpanos,
sino que esos kilómetros
arrastraban

la dimensión de un cataclismo,
anunciaban
lo que irá multiplicándose
hasta llenar de imposibles
cualquier historia de panes y de peces.

Así lo advertí en su momento y, sin escuchar,
me tildaron de avizor engañoso. Todavía
me llaman El-escriba-de-los-pájaros-bobos,
por mi afán de inventariar graznidos,
el desconcierto sobre un hielo al garete.

3

Como un testigo,
expongo ante ustedes
la forzada taracea
del hielo en el oleaje.
A lo que vi me remito.
A lo que sigo viendo.

Y disculpen
si les traspaso la llaga
de la primera impresión,
mi decir no cría costras.
Anticipa el Océano Pacífico
que subirá las costaneras,
se meterá en los pueblos
y acampará en las techumbres
apenas se derritan esos desprendimientos,

hijos de las hendiduras y el calor.

Yo ya he visto ese tiempo
futuro, lejano, impensable.
En el Pacífico lo he visto,
en los siete mares
lo he mirado.

4

Pongan oídos al nacer de estos huérfanos.
Dejen para otro día la sordera,
escuchen los crujidos en los huesos del hielo.

A mí me arrancaron del sopor una mañana.

Estás en un faro, asómate
y mira esos crujidos hasta herirte,
me ordenó una voz
irreconocible, por venirme de tan dentro;
irreprochable, su redoble en las entrañas del faro.

Mis pasos anduvieron el temblor
que ordenó acercarme al ventanuco.
La estridencia se hizo estruendo.
Afuera se mezclaban los dolores

de un alumbramiento
con el primer llanto de un témpano.
Un vástago que, emulando lo viviente,
al nacer, se movía cegatón hacia la nada,
si bien no empezaba a mecerlo el abisal
ni se apartaba gran trecho
de la blanca extensión que era su madre.

De eso se encargarían las olas; lejos
de suplir las manos de una comadrona,
lo raptaron, lo arrastraron, lo azotaron,
cómplices de ráfagas huracanadas,
turbios ardores del anhídrido.

De parto en parto,
se agolpan los desgarros.
Estrías turquesas cobran anchura
cuando el cuerpo austral se lastima y cede,
sus hijos cede
al mar y a la mordedura que habita en los vientos.

Cuando cede y se descalabra boreal otro cuerpo,
sus hijos cede,
reblandecidos por el mal de la usina
y las toses tristonas del metano.

Y ya sea que nazcan en distintos puntos,
como las australes plataformas de Larsen y de Wordie
o los grandes hielos de Kulusuk, en Groelandia,
siempre me valgo del ventanuco en el faro
o de las astucias acuosas de un espejo,
el challanco heredado de la Revisoria chilota³
y hasta en la vigilia de los satélites me apoyo,

³ Todavía me quita el sueño el que una palangana de madera llena de agua sirva para ver lo que yo he visto. El challanco que poseo me lo dio un brujo, de Quicaví, para ser más exacto, a cambio de un riesgoso favor. Quería que me robara las fojas del proceso condenatorio que sus predecesores de la llamada Revisoria sufrieron a fines del siglo XIX. “Nada de fotocopias, me advirtió, no sirven para maldita la cosa”. Estaba convencido de que si tenía en su poder los documentos originales, de aquel viejo pero no olvidado juicio, convencería a los demás brujos de Chiloé de la necesidad de agruparse en una nueva Revisoria para fundar la Recta Provincia. “No es para hacer el mal, don. Es para defender las islas de esos bandidos que arruinan nuestros bosques y esteros.” Hicimos el trato, ambos cumplimos.

así ningún tímpano escape a mi atalaya.

Los he visto partir, escorar y perderse
en la blanda incertidumbre de la bruma,
metidos en una niebla de once varas,
rescatados por el mismo sol que los cercena
frente a las costas de Nueva Zelanda y de Australia.

Llevo cabal el cómputo, la puntada en el pecho:
anotar un nacer que revive como nada el morir.
Se desata el morir. Se estragan los tímpanos,
se disuelven en el mar y sueltan su dulzura. Y el mar
se enferma con esa dulzura. Y a las algas, al plancton,
a los innumerables cardúmenes los liquida la inocente
licuación de los grandes hielos en los océanos.
Aguas que arrastrarán todas esas muertes y todas
las hambrunas de muerte que acunan esas muertes,
aunándolas a los pueblos y ciudades, a los barrios,
que ahoguen sus olas sentenciadas a ciénaga perpetua,
a podrirse en la quietud trapacera de los pantanos.

A ustedes confieso el zarpazo de cada revelación,
mis desmayos como epílogo inexcusable, la desazón
de volver en mí únicamente porque debo clavarles
la aguja y el tétano de mi vigilancia y mis visiones,
hasta después de que nazca y muera el último témpano.

5

Hoy, un cronista puede comentar
la reciente orfandad de estos hielos;
mañana, el disolverse y convertirse
en las marejadas tibias que sumergen los patios.

Antes de ese mañana,
irán alejándose del continente antártico.
En las corrientes, el azar
los acercará a los iceberg más antiguos,
otro el origen, distintas las historias:
cosquillas de ballenas en los costados,
magulladuras de erráticos arpones,
una botavara y un remo
en cruz,
tendidos en el blanco,
la fe y el naufragio.

O a célebres páramos,
con yámana y leyenda,
como el tesón cristalino de Kanasaka.

No tardarán en borrarse las diferencias,
todos serán hijastros del soplo que los mengua.

Este viaje es directo hacia la mengua.
En el otro extremo del mundo, en el Ártico,
el oso polar siente la mengua bajo sus plantas.

6

Desde un satélite artificial
y, aun a menor altura,
avistados por *Sterna Vittata*,
el gaviotín antártico,
semejan bestias de albino desbocarse
alcanzadas por el cansancio;
laceadas, doblemente prendidas:
tientos del sol, atadura ambarina
y destellos del zafiro en la testuz,
sorprendidas y perdidas
en la llanura ondulante del azul.

Son estos los mismos témpanos
que, a cielos cubiertos,
pasan por una flotilla de tristes confinados,
cuando, con torpeza gregaria

y anhelos de alma en pena,
el ventisquero cordillerano
se suma a ellos,
ya vuelto chaparrón;
amnésico, desnudo
de la contención abismal del frío entre las cumbres,
relegado del cóndor que saludó su blancura.

A ver, ¿quiénes de ustedes no apostaron
a la perpetuidad de esa blancura?
Picachos pintados por el mismo pincel
que acicaló la barba del Padre Eterno,
les escucho a cada rato. Ínfulas, fonocopias,
el tono entre solemne y sobrador de quien jura
que el garfio de la codicia no ha tocado aún
los paisajes remotos, las alturas inexpugnables.

Yo mismo –hasta que las visiones me refregaron
el futuro, mostrándome laderas de plomiza perennidad
me dejaba engolar por la emoción y entonaba:

Majestuoosa es la blaaanca montaaaña.

Haciendo caso omiso del esmog
que desmentía el candor y la fijeza,
el rito me amarraba al coro

y me arrancaba del pecho

faldones luminosos,

planicies, pasos,

acantilados, cimas.

Siempre flamantes

como si acabara de nevar.

Siempre más grandiosos que la majestuosa,

el rito y el mito.

Invariables sus cumbres de tarjeta postal.

8

¿Qué desmintió la eternidad del ventisquero
estrujándola sobre los tímpanos y el mar?

Huelan lo que aspiran preguntándose,
huelan el regüeldo de los carburantes
en motos, coches, camiones, usinas,
turbinas, aviones jumbo jet,
calderas y modestas estufas.
Sientan la tibieza ventosa
que, con discreción inodora
pero a discreción,
expele, hacia la calle,
el aire acondicionado de pisos,
cines, industrias, oficinas,
centros comerciales
y confortables salas de espera.

Observen, asimismo, la fanfarria de los focos:
el afiebrado relevo del sol en avenidas y muros,
su lechada de cuarzo que borra las estrellas en el cielo.
Un confundir el clima de la Tierra
con el climaterio del sistema,
con el cementerio iluminado.

Busquen, en la razón
de esos gases y esos calores,
los machetes de tanta indiferencia.
Vean cómo desangran
las nieves en las cumbres;
cómo no cesan y destazan
los ventisqueros, los glaciares y los témpanos.
Ampos en alturas y estepas,
amos de un frescor imperioso,
renovales veraniegos en la acequia y la vertiente,
vencidos por la halitosis del consumo:
un vaho comehielo que pasa y vuelve a pasar,
para que mañana los océanos

suban y suban y sumerjan.

Y se evaporen, pasado mañana,
a la hora de los grandes atacamas:
arenas salitrosas, médanos
a merced de mistrales extraviados.

Vastos desiertos.

Superiores a la extensa quemadura
que nos legó Faetón,
cuando insistió en tomar las riendas
aunque, claramente,
no le daba el cuero con el carro.

9

Anoche el espejo challanco
escribió en su agua entrometida
la palabra quepucho.
Buscaba trajinar las entrañas del futuro
y mostrarme al benjamín de los témpanos.
Yo mentiría si sostuviera que, al gestarse,
ese iceberg se desgaja de la Antártica.
Ese hielo huacho es el último concho de la Antártica,
lo afirma y lo enseña el espejo challanco.
Viene al mundo
cuando el polo Sur se encabrita
vuelto un tsunami caliente.
En el acto, un alisios descarriado,
enardecido por el carbono,
sopla, hollina, empuja
al más huérfano de los icebergs.
Avanza gris el iceberg

por la vastedad que lo disuelve.

Después, se funde como los otros témpanos.

Después, la hondura y la marisma.

El nicho y los despojos en una misma marea.

10

La mar sube.

No va a detenerse.

Ciega para siempre el faro Evangelistas,
se traga islotes, archipiélagos completos,
ciudades costeras, puertos de renombre.

Se apagan las luces,
callan los indicadores bursátiles.

Los infalibles sistemas de seguridad
amanecen mohosos.

El trazado perfecto de las avenidas,
al capricho de las corrientes submarinas.

Toda jardinería es por virtud de las algas.

Parejo es el destino
en los apacibles balnearios.

Isla Negra, por ejemplo.

En Isla Negra la tumba de un poeta

contiene infinitamente más agua
de la que, en su día, él advirtió
en la llovida tumba de su padre.
Y los huesos de aquel poeta
al ser tocados, estremecidos,
hundidos por el cadáver
caudaloso del último témpano,
suenan como si ese poeta
volviera a preguntarse,
pero con otro tono,
con otro asombro,
con distinta intención:

*¿El hombre,
dónde estuvo?*
*¿El hombre,
dónde estuvo?*
*¿El hombre,
dónde estuvo?*

Sergio Infante, Santiago de Chile, 1947, escritor y profesor universitario, ha publicado los siguientes libros de poemas: *Abismos grises* (Santiago de Chile, 1967), *Sobre Exilios/Om Exilen* (Edición en español y sueco, Estocolmo, 1979), *Retrato de época* (Estocolmo, 1982), *El amor de los parias* (Santiago de Chile, 1990), *La del alba sería* (Santiago de Chile, 2002), *Las aguas bisiestas* (Santiago, 2012), la trilogía *Las caras y las arcas* (Santiago de Chile, 2017). *Cifrados en diáspora* (2021). Su obra lírica, además, puede encontrarse en antologías y tanto en revistas y periódicos de Europa e Hispanoamérica como traducida a otras lenguas. En 2008 y 2021, respectivamente, aparecen en Santiago sus novelas *Los rebaños del cíclope* y *Unquén, el que espera*.

Infante, que residió en Suecia donde llegó como refugiado político en 1975 y vivió allí hasta 2018, es doctor en Filosofía y Letras; a fines de 2012 se jubiló de su cargo de profesor titular en el Departamento de Español, Portugués y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Estocolmo; además, es autor de la tesis doctoral *El estigma de la falsedad. Un estudio sobre Yo el Supremo de Augusto Roa Bastos* (Estocolmo, 1991) y de varios artículos de crítica literaria.